

Sermón de Monseñor Lefebvre en el Domingo 1º de Cuaresma

*Monseñor Lefebvre celebraba su última misa solemne
y predicaba su último sermón hace 30 años,
el 17 de febrero de 1991, primer domingo de Cuaresma,
en la Capilla de la Visitación de Niza.
A continuación publicamos el texto de dicho sermón.*

Queridísimos hermanos:

Con gran alegría y satisfacción me encuentro hoy entre ustedes en esta maravillosa iglesia de Santa Clara, llena de tantos recuerdos. Y puesto que la Providencia ha elegido el primer domingo de Cuaresma para que esté entre ustedes, permítanme darles algunos consejos sobre cómo practicar provechosamente esta Cuaresma, que no es otra cosa que una preparación a la hermosa fiesta de Pascua. Dios quiere hacernos partícipes de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, pero para eso hemos de compartir antes su Pasión, su Redención y su Sacrificio.

Verdad es que la Cuaresma es un tiempo de penitencia, y que por eso mismo hemos de hacer algunos esfuerzos por privarnos de las satisfacciones habituales, en la comida, en la bebida y en cosas similares, de las que nos es bueno privarnos de vez en cuando para aferrarnos más a los bienes espirituales, dejando de lado en parte los bienes temporales para elevarnos a los bienes eternos. Pero también es verdad que, más que estas penitencias, lo que a Dios le agrada es que practiquemos sus mandamientos.

Dios nos ha creado para unirnos con El algún día. Y el camino que nos lleva a El durante los pocos años que pasamos en esta tierra está orientado hacia El por medio de su santa ley. La ley de Dios no es otra cosa, en última instancia, que una serie de jalones que Nuestro Señor ha trazado en nuestro camino terrenal para llegar al Cielo y alcanzar la bienaventuranza eterna.

Y ¿cuáles son estos mandamientos de Dios? Nuestro Señor mismo tuvo el cuidado de recordárnoslos, y San Pablo también insiste en ellos. Consisten sencillamente en **amar a Dios y amar al prójimo**. A esto se reducen todos los mandamientos. Y en la medida en que amamos a Dios y amamos al prójimo, y lo manifestamos en nuestras acciones y en nuestra vida diaria, nos encaminamos tranquila y seguramente hacia la felicidad del Cielo.

1º Amor a Dios.

¿Cómo podemos manifestar nuestro amor a Dios de un modo particular? Creo que la forma más profunda y esencial de demostrar nuestro amor a Dios es rezando. Todos hemos aprendido lo que es rezar en nuestro catecismo, el pequeño catecismo de antaño; porque, lamentablemente, los catecismos de hoy lo han distorsionado todo y ya no definen nada. Pero nosotros guardamos la buena definición de los viejos tiempos: «*La oración es una elevación del alma a Dios*».

Es sencillo, parece poca cosa, pero es mucho: *eleva nuestras almas a Dios*. Creo que, si practicáramos más esta definición de la oración, «*eleva nuestras almas a Dios*», estaríamos menos apegados a los bienes de esta tierra, y más unidos a Dios mismo y a los bienes celestiales.

Por eso mismo, durante esta Cuaresma, hagamos un esfuerzo para rezar más y mejor.

¿Y cuáles son las formas de rezar? ¿Cuáles son las diferentes clases de oración?

1º La oración vocal.

Pues bien, en primer lugar, tenemos la **oración vocal**: la que ustedes hacen aquí, durante esta Santa Misa, y durante los ejercicios que practican en común, como el Rosario que rezaban hace unos momentos. Estas son las oraciones vocales con que expresan su amor a Dios, y con que elevan su alma a Dios. Por eso es una oración que debemos valorar y practicar muchísimo: ante todo la asistencia a la Misa, y luego, cuando podamos, nuestro Rosario, rezando a la Santísima Virgen María y uniéndonos a Ella; asimismo, todas las fórmulas de oración vocal, todas las devociones aprobadas por la Iglesia, que son las que han ofrecido durante toda su vida las almas devotas, aquellas almas que, habiéndonos precedido en el Cielo, allí cantan ahora las alabanzas de Dios, y especialmente los Santos y Santas.

2º La oración mental.

Una segunda manera de rezar es la **oración mental**, a la que solemos llamar *meditación*. La oración mental consiste en elevar la mente a Dios reflexionando en las grandezas de Dios, en sus perfecciones, pero sin pronunciar palabras externas. Es, pues, otra forma de oración. Quien viene durante el día a recogerse ante Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, y, sin necesidad de pronunciar palabras, eleva su alma a Dios, piensa en El y pasa un ratito con El, separándose así de las preocupaciones diarias de este mundo, está practicando la oración mental. Esta es la oración que aconsejan los directores espirituales, los Santos y todos los fundadores de Ordenes religiosas. Bien sabéis que las Clarisas que antes estaban aquí, detrás de estas rejas, practicaban la oración mental durante prolongados ratos. Y lo mismo sucede en todos los Carmelos y en todas las congregaciones religiosas. Las mismas normas del clero exigen a los sacerdotes, religiosos y religiosas, la práctica de la oración mental. Por eso, es bueno que también los fieles

imiten a quienes se han consagrado especialmente a Dios y practican esta oración mental. Se la puede hacer no sólo en la iglesia o en la capilla, sino también en casa, frente a un Crucifijo o una imagen de la Virgen, en alguna capillita instalada en la propia casa. Se puede rezar a Nuestro Señor y unirse a la Santísima Virgen María en espíritu.

3º La oración del corazón.

Además de la oración vocal y de la oración mental, hay un tercer tipo de oración, que es la esencial y la más importante: la *oración del corazón*.

¿Qué es la oración del corazón? Es la que expresa interiormente el amor que le tenemos a Dios, sin siquiera tener pensamientos particulares sobre tal o cual tema, sobre tal perfección de Dios, sobre tal manifestación de la caridad de Dios hacia nosotros. Consiste sencillamente en amar a Dios, y en expresarle cuánto le amamos. Es un poco parecida a un niño en los brazos de su madre, al cariño que él puede tener en su corazón hacia su mamá y su papá. Está en los brazos de su padre, de su madre, y allí es feliz, sin pensar en nada más. No piensa más que en amar a sus padres.

Pues bien, también nosotros deberíamos tener este amor natural, profundo y constante a Dios. Y esta oración es la que más agrada a Dios, porque nos pone a su entera disposición. Por el solo hecho de hacerla, nos ofrecemos enteramente a Dios. Ofrecemos nuestros cuerpos, nuestras voluntades, nuestro tiempo y todo cuanto somos, a Aquél que nos creó, y que ahora nos espera, para darnos esa felicidad celestial que ha preparado para nosotros. El que realmente ama a Dios, en cierto modo da su ser y todo lo que es durante el día y a cada instante.

Esta oración del corazón puede perdurar siempre, sin interrupción. Un niño que ama a sus padres los ama siempre, con perfecta continuidad. También nosotros debemos amar a Dios de este modo. Y este es el mejor modo de no volver a pecar, o al menos de no pecar gravemente. Pues si realmente amamos a Dios, ¿cómo podemos querer amarlo con todo nuestro corazón y al mismo tiempo desagradarlo y desobedecerlo? Hay en eso una especie de contradicción. Por eso es tan importante esta oración del corazón.

Eso mismo vengo a pedirles yo instantemente: que durante esta Cuaresma se pongan en manos de Dios, y se olviden un poco de las cosas de este mundo, para unirse a El. Es el primer consejo que puedo darles en orden a cumplir la ley de Dios que nos pide que lo amemos.

2º Amor al prójimo.

La primera tabla de la Ley de Moisés contenía los tres mandamientos referentes a Dios. La segunda tabla era la que indicaba y detallaba la ley del amor al prójimo. ¿Cómo podremos manifestar nuestro amor a quien es nuestro prójimo? Ciertamente por los favores que prestamos al prójimo en nuestra familia, en nuestra profesión, en nuestra vida diaria. Pero también podríamos preguntarnos

de qué maneras faltamos más frecuentemente al amor al prójimo, y evitarlo a toda costa.

Para ello hemos de consultar al apóstol Santiago, que, en la epístola que escribió, y que forma parte de la Sagrada Escritura, nos habla de ese pequeño miembro que Dios nos ha dado, y que se llama *lengua*. Y ¿qué nos dice de ella? Que «*con la lengua alabamos a Dios, y con esa misma lengua maldecimos al prójimo, hecho a imagen de Dios, encendiendo así el fuego de la iniquidad y de la división*» (Sant. 3 5-9). ¡Qué cierto es!

Por eso, conviene que hagamos un esfuerzo para practicar la caridad de la palabra y, al mismo tiempo, la caridad del pensamiento. Es una pena que nos guste tanto criticar esto o aquello, dividiendo en vez de unir, en vez de practicar la caridad. Evitemos, pues, los juicios temerarios, la maledicencia y las calumnias, tan fáciles y tan tentadoras a veces en las conversaciones.

Este es, pues, amadísimos hermanos, el consejo que me parece oportuno darles al comienzo de esta Cuaresma en orden a cumplir el precepto del amor al prójimo: hacer el esfuerzo por mostrar el amor a nuestro prójimo evitando todos estos pecados de la lengua.

Conclusión.

Pidamos al Niño Jesús, a la Santísima Virgen y a San José, la gracia de vivir como ellos vivieron en Nazaret. Pensemos detenidamente en el ejemplo, absolutamente notable, que Nuestro Señor nos ha dado por su vida de Nazaret. Dios mismo –porque es Dios quien bajó entre nosotros–, ¿qué hizo durante los treinta y tres años de su vida? De esos treinta y tres años que pasó en la tierra antes de subir al cielo, permaneció nada menos que treinta años en una vida de familia, salvo el caso en que, dejando a sus padres, se quedó en Jerusalén para instruir a los doctores de la ley –este es el único episodio que conocemos de su infancia y adolescencia–. Hasta los treinta años, Nuestro Señor practicó la caridad en la familia, dándonos en eso un ejemplo admirable.

Así pues, Dios no nos pide cosas absolutamente imposibles, sino sólo la práctica de la caridad: la práctica de la caridad con Dios y con el prójimo, como El mismo lo hizo en la familia de Nazaret.

Pidamos a la Virgen María y a San José que nos ayuden a practicar esta caridad, a fin de que, con la gracia de Dios, con esa gracia que nos dispensan los sacramentos que recibimos, avancemos poco a poco hacia el fin para el cual hemos sido creados y estamos en esta tierra, y que es compartir un día la felicidad del Cielo con todos aquellos a quienes amamos y que ya nos han dejado en esta vida.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.